

Carlos de Baraibar

El diálogo entre Occidente y Oriente



DESPUES de cerca de tres años de ausencia, pasados en su mayor parte en El Cairo, es lógico que, al tratar de seleccionar un tema adecuado para la significación de ATENEA, supere «l'embarras du choix» inclinándome a discurrir en torno a la cuestión, trascendental en verdad, del diálogo entre Occidente y Oriente. Y como cualquiera que sea el sentido en que lo hagamos—y las razones que pudieran justificar la elección—el campo es tan vasto, enjundioso y atrayente, resulta preferible adentrarse directamente en él.

Desde luego, nuestro Oriente será el tradicional y más auténtico, no empleando aquí el vocablo, pues, como representativo del submundo sovietizado, acepción abusivamente impuesta hoy por políticos y corresponsales «viajeros». Pero la necesidad de poner ciertos límites a las descomunales dimensiones del problema—y la conveniencia de no extenderse más allá de lo que se ha conocido y estudiado directamente, aunque sea de modo tan imperfecto—inducen a concretar el «diálogo» a las que comúnmente llamamos civilización occidental o cristiana y civilización islámica o árabe, aunque todos sabemos de sobra los márgenes de imprecisión que hay en semejantes aco-

taciones y equivalencias, puesto que, por ejemplo, ni todo lo occidental es cristiano, ni todo lo árabe musulmán, o viceversa. Y baste para distinguos, no sea que, como tantas veces sucede, perdamos el tiempo-espacio disponible afinando el instrumento...

* * *

Como todo el mundo conoce, el «diálogo» se emprendió en los tiempos más remotos y, en rigor, no se acalló nunca, ni siquiera en las etapas de mortal oposición de poderes entre Occidente y Oriente, ya que también la guerra es un modo de dialogar. Y eminentemente fructífero, por cierto, cuando las armas no tenían el pavoroso poder aniquilador de hogaño, es decir, cuando—¡oh, sangrante paradoja!—el descomunal progreso científico, que es inteligencia puesta en acción, no había vuelto a colocar al hombre tan cerca de la animalidad. En tal sentido, las Cruzadas tuvieron un superávit final beneficioso para la civilización «tout court», igual que ya lo habían tenido las guerras «médicas» en la misma cuenca mediterránea.

Ahora bien: en el intermedio entre unas y otras, la experiencia alcanzó los más admirables resultados, como consecuencia de las conquistas realizadas por los árabes, embriagados hasta lo sublime por las prédicas de su gran Profeta. Entonces el diálogo se integró hasta elevarse a grandiosa polifonía cuando, en Edad Media, árabes y españoles, bereberes y hebreos—musulmanes, cristianos, agnósticos y judíos—encendieron esos deslumbrantes focos del saber que fueron Córdoba, Sevilla y Toledo, por sólo citar los más altos. Desde Toledo, con su gran escuela de copistas y traductores, el común acervo cultural elaborado pasó a Montpellier, Oxford y París, creándose las condiciones objetivas básicas para el Renacimiento occidental, fuente, a su vez, del futuro predominio cultural y material de Europa en la Edad Moderna. Después el diálogo se redujo al

simple susurro inexpresivo que las quejas de los vencidos provocan en los encallecidos tímpanos del imperialismo, pecado capital en que se refociló el Occidente, en pago a los beneficios recibidos del Oriente. Y durante no pocos años el occidental medio culto apenas si tuvo más conciencia de toda aquella revolución intelectual que un simple repertorio de nombres, casi siempre deformados a su gusto: Farabi, Avicena, Ibn Bajá, Aben Jaldún, Aben Tofail, Averroes, el Ghazali...

Los intentos posteriores para la reapertura del diálogo tropezaron con verdaderas montañas de prejuicios, bilateralmente acumulados por la ignorancia mutua. El Oriente árabe-musulmán, hasta hace muy pocos años, no ha conocido prácticamente otra cosa que los aspectos puramente racionalistas—y más aún materialistas—de la cultura occidental, en áspera pugna con la orientación definitiva que tomó la islámica, sobre todo a partir del triunfo de las corrientes representada por el Ghazali sobre las ideas de Avicena o Averroes. Los principales ingredientes cristianos de la susodicha cultura fueron ignorados o miopemente rechazados por los intelectuales orientales, creándose una barrera insalvable al identificar infantilmente la cultura occidental con el ateísmo, concepción simplemente incomprendible en el submundo árabe-musulmán. Paralelamente, los occidentales—con las excepciones de rigor—comenzaron por olvidar cuanto no fuera la especulación filosófica árabe-musulmana, dado que era imposible apagar las dos hogueras eternamente vivientes de Avicena y Averroes. Pero, a su vez ignoraron casi por completo la gran fermentación intelectual, específicamente religiosa y teológica, de lo que comúnmente se llama el «Kalam». Y la cuestión es tan capital para estar en condiciones de comprender todo movimiento intelectual árabe-musulmán, que «la importancia de la teología musulmana (*Kalam*) en la organización del saber» es el capítulo—clave de la monumental «Introducción a la Teología musulmana» («ensayo de Teología comparada»), de Luis Gardet y M.

Anawati, recién lanzada—con merecido éxito de crítica—por la Librería filosófica de París, y tan apreciada ya en los medios cristianos orientales como en los islámicos de la propia Universidad del Azhar.

Manifestación conmovedoramente significativa del ambiente favorable para el gran diálogo, que hemos observado en el Oriente medio, es una organización intelectual cairota que deseo dar a conocer en nuestro extremo occidental. Se trata de la asociación llamada «Akhwan El Safa», consagrada especialmente a estudios de teología comparada, cristiana y musulmana. Estos «Hermanos sinceros»—como se puede traducir al español la denominación mencionada—prefieren «comprender y comparar a discutir y polemizar». Unos son dominicos, como el propio R. P. Anawati. Otros, «cheiks» de El-Azhar, vistos al comienzo con cierta aprensión por sus autoridades y compañeros, pero animados hoy por ellos mismos a proseguir la común obra de confrontación, desprovista ahora de todo carácter apologético.

La ejemplar asociación, según referencias recogidas directamente del P. Anawati, cuenta ya diez años de existencia. Fué iniciada con el propósito de estimular la comprensión y colaboración entre los intelectuales musulmanes y los cristianos, vale decir, para reemprender el «diálogo». Desde el principio tomaron parte activa en ella profesores de la Universidad islámica del Azhar, de la Fuad 1.º cairota y algunos sacerdotes y laicos más, en número de quince a veinte. Se reúnen dos veces por mes, eligiendo anualmente un tema como base de sus conversaciones y estudios. Un año el tema central fué «Civilización y cultura». Otro, «Cristo en el Corán». Ahora centran su atención en torno al milenario de Avicena.

La primera consecuencia de esta colaboración ha sido un mutuo conocimiento y un despertar de confianza entre personas que, por su preparación y situación, irradian beneficiosa influencia en los círculos intelectuales respectivos. Junto a esto, la

creación de un espíritu de solidaridad y entreayuda en el trabajo científico. Así, un especialista en sectas musulmanas pidió al P. Anawati una exposición objetiva del Cristianismo, para insertarla en cierto trabajo suyo. Y el propio ilustre dominico fué invitado a sostener su tesis en la Universidad islámica de Al-Azhar. Otro miembro del «Akhwan al Safa», de la Universidad citada, precisado a trabajar en París, para terminar allí sus estudios superiores con una tesis sobre «La razón y la fe en Averroes», permaneció en constante contacto con los dominicos, viviendo casi en su convento. La asociación ha emprendido también traducciones en colaboración, obra que se ha intensificado ahora para honrar en común a Avicena.

Como muestra del general ambiente de que goza, se pueden señalar casos tan significativos como éste: La Asociación islámica de los «Hermanos de la Pureza»—que ya existía en el siglo XVII—juntamente con otras de igual signo, como «Los Amigos del Corán puro», ofrecieron un «iftar» (la comida ritual que rompe, en el crepúsculo, el severísimo ayuno del Ramadán) a los «Hermanos sinceros». Nada puede ilustrar mejor que esta deferencia las cordiales relaciones establecidas entre los susodichos elementos, sobre la base del respeto mutuo.

Estas impresionantes manifestaciones de la amplitud de criterio que actualmente se evidencian en la propia cabeza de renacimiento árabemulsulmán que es El Cairo, no han nacido espontáneamente—como era de imaginar—a fecha fija, hace una decena de años, por el espíritu catalizador de hombres al propio tiempo de pensamiento y acción, cual los R. R. P. P. Anawati, y Ayroul—un gigante, éste de la obra social entre los campesinos pobres— como representantes de los elementos cristianos más comprensivos. El camino empezaba a estar abonado por otros, en el campo musulmán, entre los que sólo me referiré hoy al difunto Cheik Mohamed Abdu, ex Gran Mufti de Egipto, y a su discípulo el gran escritor ciego Taha Hussein, recién nombrado Ministro de Educación nacional.

El eminente humanista Mohamed Abdu, fallecido en 1905, es y fué conocido por el bello sobrenombre de «Al Ustaz Al Imán», vale decir, «el Maestro Guía», aunque, como todo grande y valeroso reformador, haya sido ásperamente discutido. Era un puro egipcio, nacido en 1849 en humilde hogar campesino, como campesinos fueron en sus orígenes Taha Hussein bey y los dos grandes líderes del nacionalismo egipcio: Saad Zaghlul pachá, fundador del partido «Wafd», y Nahas pachá, su actual líder, exaltado a la Presidencia del Consejo de Ministros por su arrollador triunfo en las elecciones generales celebradas en el pasado enero. Dado el estado de rutina y decadencia en que entonces se encontraba sumida la enseñanza coránica en Egipto, es un milagro cómo Mohamed Abdu pudo elevarse sobre el medio hasta merecer este juicio de Renán: «la libertad de su pensamiento, su noble y leal carácter, me hacían la ilusión, cuando conversaba con él, de que tenía ante mí, resucitado, a alguno de mis viejos y amados conocidos, Avicena o Averroes, o alguno de esos grandes infieles que han representado durante cinco siglos las tradiciones del espíritu humano».

Mezclado como periodista y profesor a los graves sucesos de la iniciación del nacionalismo egipcio y del establecimiento de protectorado inglés, perseguido y exilado, reunió en París a lo más selecto del futuro despertar de Oriente: hindúes, egipcios, sirios, persas, afganos, acataron su primacía espiritual en la famosa «El Urwah El Wuska» («El lazo indisoluble»). Después, en Beyrouth, en 1885, dió un célebre curso de teología, base de su futuro «Rissalat El-Tawhid» («Tratado de la Unidad de Dios»). Y en inconcebible audacia—para aquel tiempo y ambiente—fundó una asociación para el acercamiento entre las diferentes religiones, uniéndose entonces el fanatismo y los intereses del Califato, a los del imperialismo británico, para hacerle difícil la vida y obligarle a abandonar el país.

Madurado con sus viajes, experiencias y contactos, Cheik Abdu volvió en 1888 a Egipto, haciendo una merecida carrera

en la Justicia y en la Universidad, para terminar en el puesto cumbre de Gran Mufty de Egipto. Contra viento y marea emprendió la reforma de la enseñanza en Al-Azhar, modernizándola y comenzando a abrir sus puertas a la Ciencia, así como después modernizó e impregnó de espíritu liberal y tolerante la justicia. Su objetivo—ha dicho Germain Martin, corroborado por el Doctor Osman Amin, actual profesor de Filosofía en la Facultad de Letras de la Universidad Fuad 1.º—fué «regenerar la vieja civilización árabe por el aporte ininterrumpido de los resultados adquiridos por los sabios de Occidente en las ciencias, las letras y las artes».

Cheik Abdu fué, no obstante, un musulmán cien por ciento. Y como amaba entrañablemente a su país, su raza y sus instituciones, mantuvo resonantes polémicas, con eminentes, pero equivocadas grandes figuras occidentales, mientras impulsaba las reformas en Oriente. En 1902, por ejemplo, demostró al conocido historiador francés Gabriel Hanoteaux—a la sazón Ministro de Relaciones exteriores—que estaba completamente equivocado al enjuiciar al Oriente en un artículo titulado «Frente al Islam y a la cuestión musulmana». Y en otra memorable polémica en torno a Averroes, probó que el fatalismo imputado al Islam no es más que una lamentable deformación de la religión musulmana, por ignorancia o corrupción de sus principios. Por ello, era—en cierto modo como Calvino—fervoroso partidario de remontarse a las fuentes de la sabiduría islámica, limpiando el Corán de la pesada ganga de tanto comentario abusivo y de las supersticiones que lo han desfigurado, entre no pocos.

Hombre de acción, al propio tiempo, Cheik Abdu dejó también ancho surco abierto en el orden social en Egipto. Cofundador de la «Sociedad islámica de Beneficencia», consagrada a difundir la instrucción y suministrar medios materiales para ella a las clases pobres; propugnador de la reforma de los Tribunales religiosos; iniciador de la «Sociedad para el

Renacimiento de los libros árabes», apenas hubo actividad cultural y social de avanzada, lanzada en aquellos tiempos, que no fuera inspirada por él o desarrollada con su cooperación activa. Y, en su afán de saber y universalismo, mantenía asidua correspondencia con los mejores cerebros extranjeros de la época, como Le Bon, Blunt, Spencer, Tolstoi.

Por lo que respecta a Taha Hussein, hijo también de gente campesina de escasa posición y limitado grado de cultura, aunque superior al medio, su carrera es, ante todo, un formidable esfuerzo de voluntad, tanto para elevarse sobre la mediocridad y la rutina ambientes como para superar tanta dificultad estando privado de la vista. En la actualidad cuenta 61 años, conservando intactas sus cualidades de fina sensibilidad, portentosa retentiva, capacidad de trabajo e ilusión y tenacidad para la lucha. Por ello es de esperar que su paso por el Ministerio de Educación ha de marcar una etapa memorable en el renacimiento cultural de Egipto, país que actualmente lleva la responsabilidad de encabezar el resurgir de los pueblos árabemusulmanes. En rigor, ya han comenzado a palpase los efectos de lo que su ascensión política podía significar, puesto que en el discurso de la Corona, leído hace pocos días al inaugurarse el nuevo Parlamento egipcio, se ha dado a conocer la memorable decisión de establecer, desde ahora mismo, la gratuidad de los estudios elementales, secundarios y técnicos, al tiempo que se intensificará el desarrollo de los superiores, sin descuidar por ello la enseñanza coránica, de la que la Universidad del Azha es el primer foco mundial. Como puede verse, el gran discípulo espiritual de Cheik Abdu, el eminente escritor que llevaba dadas tantas y tan peligrosas batallas por la renovación de la enseñanza, responde cumplidamente a las esperanzas depositadas en él por la juventud intelectual egipcia, que le considera como un maestro y guía. Y no es menor la consideración que merece a los extranjeros cultos, deseosos de continuar el diálogo entre Occidente y Oriente. Así André Gide, en substancioso

prólogo a la edición francesa de «El libro de los días»—autobiografía juvenil de Taha Hussein— le atribuye la primacía entre todos los escritores musulmanes de hoy, considerando su encuentro en El Cairo como el recuerdo más importante y más bello de su viaje. Para Gide fué una verdadera sorpresa encontrar a este verdadero vidente ciego, al que no se le puede sorprender en el menor renuncio en materia filosófica y literaria, siempre al tanto de todo y familiarizado con los autores extranjeros igual que con los de su idioma, religión y raza. Interesado por todo lo humano—dice Gide—su curiosidad es tan insaciable como seguro el criterio, ejerciendo la crítica literaria, especialmente, con una maestría difícil de igualar, en la que se mezclan la alta cultura y la exigencia en el gusto, con una amplia generosidad que no excluye, a veces, arrebatos de entusiasmo o de pasión.

No siempre ha gozado Taha Hussein de la justa y amplia fama de que hoy goza, generalmente respetado por sus compatriotas y en todo el mundo árabemusulmán. Su batalla fué muy dura, por lo mismo que incidió también en el lenguaje, que allí es palabra de Dios, puesto que es su materialización en el Corán. Pero la literatura árabe se estaba encanijando cada día más, al ampliarse paulatinamente la separación entre el lenguaje popular y el sabio, que se estaba haciendo incapaz para expresar la vida cotidiana, con sus constantes cambios y sus muchas novedades. Taha Hussein asumió la gran empresa, y gracias a él, en no escasa parte, la prensa egipcia, por ejemplo, se ha hecho un auténtico instrumento de cultura popular, alcanzando la renovación incluso a las más altas esferas culturales. Esto es también muy importante desde el punto de vista, inclusive, para la posibilidad material del diálogo a que tantas veces hemos hecho mención.

Recientemente, Taha Hussein—que estaba a la sazón un tanto apartado, en un discreto retiro conveniente para limar ciertas asperezas de la lucha—hizo una jira triunfal por Gran

Bretaña, Francia, Suiza y España, dando conferencias que fueron justamente celebradas por todos. Al regresar al Cairo—y de esto sólo hace semanas—se mostró muy satisfecho de los honores que se habían dispensado en su persona a su país y a la cultura árabe. Únicamente se manifestó apesadumbrado por una cosa: por la inexistencia de verdaderos lazos culturales entre España y Egipto. Y anunció su propósito de pedir a S. M. Farouk I.º que se interesara personalmente en el caso, para ir a la creación de una gran institución cultural hispano:egipcia, en Madrid y en El Cairo, que fuera digna continuadora de las maravillosas realizaciones del Andalucía. Ojalá que los nobles propósitos de Taha Hussein tengan pronto y eficiente materialización. Todo abona porque sea así, desde las más grandiosas realidades históricas hasta la no menos necesaria realidad del núcleo de estudiosos capaces de impulsar la obra ahora. Hemos visto el espíritu que actualmente reina en El Cairo. En cuanto a España, ya no son sólo los actuales representantes de la gran escuela de arabistas de Codera, Ribera y Asín, quienes están ampliamente preparados para dialogar, si no que historiadores lingüistas demuestran un nuevo y amplio espíritu al respecto, de que son muestra elocuente la casi simultánea aparición de dos obras de tanto vuelo y originalidad como la que el profesor Sánchez Albornoz ha dedicado a la historia de la España musulmana y la que el también profesor Américo Castro ha consagrado a una nueva interpretación de la historia española, con este significativo título: «España en su historia. Cristianos, moros y judíos». Sólo falta—pero es capital—la fijación de una auténtica política de colaboración iberoárabe, en la que Iberoamérica tendría también algo que decir. Pero no deseo abordar ahora el tema.

Santiago, febrero de 1950.